Domingo 11 de julio de 1993

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

TEXTO EXCLUSIVO de GEORGE STEINER

¿EL FUTURO DE LA CIENCIA PUEDE OPONERSE AL DEL HOMBRE?



VERDADES QUE MATAN

"La dignidad de nuestra especie es buscar la verdad por sí misma. Y no hay mayor desinterés que el que arriesga y quizá sacrifica la supervivencia humana", postula George Steiner —profesor de la Universidad de Ginebra, miembro extraordinario de la Universidad de Cambridge, narrador, crítico e historiador de la cultura, brillante y polémico como pocos— en este artículo exclusivo para **Primer Plano**.

8 Virginia Woolf, biografa de perros, por **M**arta **P**essarrodona

6/7 • La resistencia de la memoria, por **E**duardo **S**ubirats
• **S**antiago **K**ovadloff y su nuevo libro, "El silencio primordial"

GEORGE STEINER
Traducción: Eduardo Gleeson

GEORGE STEINER Y EL TEMOR A SABER DEMASIADO

Algunas ideas que se podrán leer el próximo agosto en la primera edición castellana de "Presencias reales" se pueden reconocer en este artículo de George Steiner exclusivo para Primer Plano. Uno de los más importantes críticos e historiadores de la cultura actual, Steiner le augura un imparable futuro a la verdad, no así a la humanidad. Y sugiere cuál de las dos le parece más importante.

RAZON versus RESTO DEL MUNDO

He argüido que el desgaste gradual de la religión organizada y la teología sistemática, particularmente en el caso de la religión cristiana en Occidente, nos ha dejado con una nostalgia profunda y acuciante por lo absoluto. He mencionado brevemente algunos de los intentos principales de satisfacer esa nostalgia, de colmar el vacío de la fe personal y llenar el hueco que dejó la erosión de la práctica religiosa. Llamé a esos intentos "mitologías" para subrayar su carácter seudorreligioso y sustitutivo. Espero, sin embargo, haber enfatizado también su carácter racional, el esplendor racional de constructos de análisis y explicación tan grandes como el marxismo, el psicoanálisis y la antropología de Claude Lévi-Strauss. Más allá de sus atributos metafóricos o incluso místicos, se trata de monumentos de la razón, que celebran los poderes ordenadores del pensamiento racional.

La gran ausente de mi argumento ha sido, por cierto, la ciencia. La idea de que las ciencias naturales llenarían —más que llenarían— el vacío dejado en el espíritu humano por el derrumbe de la religión y lo sobrenatural fue precisamente una de las principales causas de dicho derrumbe. Para los filósofos de la Ilustración, para los pensadores agnósticos y pragmáticos del siglo XIX, el auge de las ciencias —matemáticas, físicas, sociales, aplicadas— era lógicamente inseparable del derrumbe de la religión. A medida que las sombras de la credulidad y lo irracional se fuesen retirando brillaría la luz de las ciencias. (...) En verdad, como argumentaron Auguste Comte y Marx, la religión misma sería vista como un intento precientífico, ingenuo y antropomórfico de la especie humana de entender el mundo natural y sus muchos enigmas. Al reemplazar las explicaciones espurias de la teología y las técnicas estériles del rito por un entendimiento científico genuino, el hombre no sólo obtendría una inmensa ganancia material sino que satisfaría la sed de verdad del espíritu humano. Vista de ese modo —un modo que se extiende de Jefferson y los Humboldt a Darwin y Bertrand Russell—, la ciencia, superando ampliamente a la religión, satisfaría las aspiraciones de orden, belleza y probidad moral del hombre. "La verdad", se nos dice (Juan 8, 32), "os hará libres". ¿Pero puede la ciencia calmar la nostalgia, la sed de absoluto?

La búsqueda desinteresada de la verdad en el sentido en que la entienden Descartes o sir Karl Popper —como sujeta a falsificación, prueba experimental y requerimientos lógicos—, esa búsqueda no constituye un universal. Sé que no está de moda decirlo, pero la búsqueda desinteresada de la verdad abstracta es algo culturalmente específico. Es un fenómeno del Mediterráneo oriental, que a su vez movilizó las energías de la tradición científica de Occidente. ¿Por qué se originó donde lo hizo (en Asia Menor, en Grecia, en algún momento a fines del siglo séptimo o comienzos del sexto antes de Cristo)?

Quizá no hubiese habido pensamiento especulativo puro sin la esclavitud, sin que los hombres dispusieran de tiempo libre para emplear su voluntad, energías y ambiciones en tareas no directamente vinculadas con la supervivencia económica y personal. En otras palabras, la búsqueda de la verdad ha sido, desde el comienzo, una búsqueda. Tiene componentes de la caza y la conquista. (...)

A lo largo de la revolución científico-técnica que ha dominado la conciencia social y psicológica de Occidente desde el siglo dieciséis, el concepto de la verdad ha asumido un rigor particular y una autoridad ética nunca discutida. El carácter matemático, lógico, de las proposiciones que la representan sirve para incrementar en mucho sus atributos de abstracción, impersonalidad y neutralidad. Los hombres sienten que la verdad está en alguna parte "allí afuera": (...) como si estuviese lejos del alcance de nuestra mano pero gozase de una existencia propia.

La promesa del Evangelio, que la verdad nos haría libres, se convirtió en artículo de fe para el racionalismo secular y el liberalismo político. (...) Los chistes acerca de científicos excéntricos que caen en un pozo por mirar las estrellas, acerca de un Arquímedes tan enfrascado en su problema abstracto de álgebra que no se da cuenta de que la ciudad ha caído y están a punto de matarlo, se remontan al comienzo de la filosofía griega y son muy sugerentes. Se trata de chistes sobre lo extraño y bizarro del genio humano, pero nunca ponen en duda la esencial excelencia de la investigación desinteresada de los hechos. Desde el Renacimiento hasta fines del siglo diecinueve, es un axioma que el progreso humano se halla por completo involucrado en la investigación de los hechos y en su uso o expresión en las artes, las humanidades, la ciencia y la tecnología.

Es cierto que las voces del disenso se han hecho oír siempre. La tradición mística, a la que me gustaría llamar la parte asiática del hombre occidental, ha insistido desde la época de los Evangelios con una verdad más allá de la razón, la lógica, el control experimental o la refutación. Hay, se dice, "una verdad más profunda que la verdad" que se revela en la experiencia mística. Las iglesias tampoco se han rendido. Afirman que sólo ellas poseen la verdad, y que ésta se revela al hombre merced a la intervención divina. La gran lucha de la Iglesia Católica contra Galileo, por ejemplo, es la lucha de una imagen del mundo revelada y total contra la amenaza del cambio y lo fragmentario. La Iglesia renacentista fue muy sutil al darse cuenta de que la nueva astronomía conllevaba un desequilibrio y era, por ende, capaz de exponer el concepto mismo de prueba y verdad a ataques arbitrarios. Los teólogos comprendieron que después de Galileo podría aparecer un Einstein y declarar que Galileo también estaba equivocado. Y la Iglesia consideraba que esta inestabilidad era una peligrosa amenaza para el orden humano y la felicidad humana.

El ataque más sutil al concepto de verdad, sin embargo, ocurrió en tiempos modernos. Fue propuesto por el grupo de filósofos normalmente identificados con la Escuela de Frankfurt. Vivieron y trabajaron en la ciudad alemana de Frankfurt y se agruparon en torno del Instituto de Sociología de la Universidad en los años que precedieron y siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Algunos de los nombres que asociamos con el movimiento son los de Marcuse, Adorno y Horkheimer. (...) Argumentan más o menos lo siguiente. La objetividad, las leyes científicas, las funciones de verdad, la lógica misma no son neutras ni eternas sino que expresan la visión del mundo, las relaciones económicas de poder y los ideales políticos de la clase dominante, en particular de la burguesía occidental. Los conceptos de verdad abstracta, de hechos objetivos e ineluctables, no son sino armas en la lucha de clases. La verdad, según explica la Escuela de Frankfurt, es una variable compleja que depende de fines políticos y sociales. Diferentes clases tienen diferentes verdades. No existe una historia objetiva, sólo la historia del opresor.

Los rasgos anárquico-pastorales de la contracultura actual (...) —el rechazo visionario del que se automargina, las utopías de una tecnología alternativa, la rebelión contra la ciencia tan común entre nuestros contemporáneos jóvenes y talentosos—, todos ellos tienen puntos de contacto con los tres ataques que hemos mencionado —el místico, el religioso, el político-dialéctico—. (...) Hoy en día los embates contra la verdad, otrora dispersos, se han unido para dar paso a un ánimo de condena más amplio, a un tiempo moral y político.

Sin embargo, cosa que para mí constituye una mayor preocupación, por primera vez en Occidente hay un enfrentamiento, una falta de armonía entre la verdad y la supervivencia humana, entre la búsqueda racional de la verdad y el anhelo de justicia social. No se trata sólo de que la verdad quizá no nos haga libres, sino de que quizá nos destruya.

Ruego que se me permitan (...) dos ejemplos. El primero, lo admito, constituye un peligro remoto. Gracias a un salto de la imaginación humana comparable con los de poetas, artistas, músicos y filósofos, un grupo de pensadores de las años 1840-1860 arribó a lo que conocemos como el segundo principio de la termodinámica —el principio de la entropía, del fin del universo—. Citaré a Bertrand Russell:

"La segunda ley de la termodinámica vuelve imposible dudar de que el universo se esté agotando, o suponer que en última instancia algo de interés será posible en alguna parte. Desde luego que siempre podemos decir que cuando llegue el momento Dios le dará de nuevo cuerda al mecanismo, pero si lo hacemos la base de nuestra afirmación será la fe, no la evidencia científica. Por lo que a la evidencia científica respecta, el universo se ha ido arrastrando de a poco hasta alcanzar este mísero resultado sobre la Tierra, y se arrastrará más penosamente aún hasta llegar a la muerte de todo."

Quizá me digan que no vale pena preocuparse por cosas que ocurrirán dentro de billones y billones de años luz. Estoy de acuerdo, pero el argumento no es tan simple. ¿Cuán próxima debe ser una fecha para que comencemos a preocuparnos? La decadencia del sistema solar, el problema de la decadencia de nuestra galaxia: ¿en qué momento la imaginación humana se topará con que no hay futuro, con una realidad en que no se aplica el tiempo futuro del verbo "ser"?

Mi segundo ejemplo de un tipo de verdad que amenaza la supervivencia humana es más inmediato, más evidente. (...) Todos nos sentimos asombrados por las acusaciones que se lanzan entre sí los especialistas en genética —me refiero a quienes se ocupan de la raza y la inteligencia—. Hay quienes afirman que algunas razas están destinadas a no alcanzar nunca cierto coeficiente intelectual, ciertos logros intelectuales, mientras que otras poseen una ventaja innata que determina la estructura de poder del mundo. Muchos científicos sostienen, en cambio, que el test de inteligencia es algo pensado para Occidente, una forma de chantaje respecto de otras culturas y habilidades —teorías nazis que hacen alarde de una respetabilidad seudocientífica—. La discusión se pone cada vez más violenta, y para el lego es muy difícil determinar qué se discute y qué tipo de evidencia está siendo aportada. Pido entonces que se me permita presentar un caso hipotético —y ruego que subrayen tres veces la palabra "hipotético" con lápiz rojo—. *Supongamos* que lo que dicen algunos especialistas en genética es cierto: que el medio ambiente, por más amable, por mejor estructurado, sólo da cuenta del 20 por ciento o menos de los dones y oportunidades futuras del ser humano, y que el 80 por ciento o más de lo que *somos* depende de nuestra herencia biológica. *Supongamos* que eso fuera cierto, ¿qué hacer? Puesto que toda una serie de consecuencias políticas y sociales se seguirían de inmediato —en términos de educación, de acceso al poder político, de oportunidades económicas—, ¿cerramos la puerta? ¿Decimos que no nos interesan esos resultados, que ni siquiera queremos saber de ellos? ¿Que la sociedad no es lo suficientemente sabia, sana y equilibrada para manejar semejante cantidad de dinamita? ¿Que dejen de investigar? (...) ¿O pedimos, por el contrario, que las investigaciones continúen, que si su fin es del todo

incompatible con la moral, la esperanza humana, la igualdad, la cohesión social, al diablo, de todas formas así es el universo, y no podemos abandonar la investigación? El problema no es bizantino, y pende sobre nuestras cabezas ahora mismo. Y también, para colmo, es sólo una de las muchas instancias en que seguir la vieja tradición de encontrar los hechos a cualquier precio comienza a chocar contra las paredes del absoluto peligro social.

Las críticas de la verdad a las que me he referido, la angustia provocada por estos debates, son hoy la causa de que la política de los jóvenes se manifieste como nostalgia de la inocencia. Nos dicen que debemos abandonar la "investigación pura", que debemos desmantelar lo que llaman la cárcel académica, que debemos darle vacaciones a la mente cartesiana y permitir que el instinto juegue. Los científicos de moda nos señalan que nuestra obsesión occidental por la verdad es una verdadera obsesión. Si entiendo bien, la causa de todo parece ser el que hayamos empleado principalmente el hemisferio izquierdo del cerebro, la mitad verbal, griega, ambiciosa, dominante. En el desatendido hemisferio derecho hay amor, intuiciones, piedad, los modos más antiguos y orgánicos de experimentar el mundo en vez de tomarlo por la garganta.

Me atrevería a adelantar las siguientes respuestas. No creo que funcione. Puesto del modo más empírico y brutal, no hay ejemplos históricos (exceptuada la destrucción bélica masiva) de un sistema tecnológica y económicamente complejo que haya vuelto a un estadio de supervivencia más simple y primitivo. (...)

En segundo término, aunque en el primero por su importancia, va en contra de la historia de nuestra corteza cerebral, del cerebro como lo hemos usado en Occidente. En nuestra corteza, la búsqueda de la verdad se halla, creo, fatalmente impresa —y reconozco estar empleando una metáfora problemática—. Se halla impresa, pienso, a causa de la dieta, el clima y las circunstancias económicas que guiaron la potencia innata de esas criaturas extrañas y peligrosas, los antiguos griegos, hacia su gran y continuada explosión de genio.

Si no me equivoco, vamos a seguir haciéndonos preguntas. Heidegger lo dijo bien. Dijo que las preguntas son la piedad, la oración del pensamiento humano. Yo estoy tratando de decirlo de un modo más brutal. Los occidentales somos seres diseñados para hacer preguntas y encontrar las respuestas sin que nos importe el precio. No vamos a institucionalizar la inocencia. Puede que tratemos, aquí y allí. Puede que seamos más amables con el medio ambiente. Puede que intentemos evitar el derroche sin sentido, el trato inhumano y las crueldades inútiles para con los animales y las personas menos privilegiadas que caracterizaron hasta los años más gloriosos del Renacimiento y la Ilustración. (...)

La creencia en que la verdad era amiga del hombre, en que cualquier descubrimiento a la larga beneficiaría a la especie, fue sumamente optimista y muy propia de los griegos y del racionalismo europeo.

Los próceres de la ecología nos dicen ahora que somos huéspedes de la Tierra. Por cierto. También somos huéspedes de un universo vasto e incomprensiblemente poderoso cuyas características no fueron diseñadas para nuestro tamaño y necesidades. La dignidad más eminente de nuestra especie, sin embargo, es la de buscar la verdad por sí misma. Y no hay desinterés mayor que el que arriesga y quizá sacrifica la supervivencia humana.

Creo que la verdad tiene futuro; menos claro resulta si lo tiene la humanidad, pero puedo presentir cuál de las dos es más importante.

Best Sellers///

Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1 *La borra del café*, por Mario Benedetti (Destino, 15 pesos).	1	13
2 *Parque Jurásico*, por Michael Crichton (Emecé, 16 pesos).	3	2
3 *La revolución es un sueño eterno*, por Andrés Rivera (Alfaguara, 15 pesos).	8	15
4 *Cuando ya no importe*, por Juan Carlos Onetti (Alfaguara, 15 pesos).	4	15
5 *Vendidas*, por Zana Muhsen y Andrew Crofts (Seix Barral, 16 pesos). Un hecho verídico que narra la opresión de dos mujeres vendidas por su padre en un pueblo perdido de Yemen.	—	1
6 *El secreto de McNally*, por Lawrence Sanders (Emecé, 13 pesos). Un thriller con chantaje, fraude, adulterio y crimen en torno a una millonaria divorciada, un hijo y un chofer.	—	1
7 *Buenos Aires me mata*, por Laura Ramos (Sudamericana, 14 pesos).	—	2
8 *Uno nunca sabe*, por Roberto Fontanarrosa (De la Flor, 14 pesos).	5	4
9 *Amores brutales*, por Carlos Chernov (Sudamericana, 11 pesos).	—	2
10 *Días de tormenta*, por Rosamunde Pilcher (Emecé, 12 pesos). Una mujer, a la cual le son revelados secretos familiares, decide dejar su soledad para poder investigar la vida de sus antepasados.	—	1

Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1 *El jefe*, por Gabriela Cerruti (Planeta, 19 pesos). Menem al desnudo: sus ambiciones, su osadía, el casamiento y la separación de Zulema Yoma, su relación con los Montoneros, con al logia P2.	1	5
2 *La corrupción*, por Mariano Grondona (Planeta, 17 pesos). El autor de *El posliberalismo* recorre y analiza todas las formas que ha tomado la corrupción a través de la historia.	1	9
3 *El pez en el agua*, por Mario Vargas Llosa (Seix Barral, 26 pesos).	3	8
4 *Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Urano, 11,80 pesos).	6	106
5 *Impunidad diplomática*, por Francisco Martorell (Planeta, 16 pesos).	4	11
6 *Tus zonas mágicas*, por Wayne W. Dyer (Grijalbo, 16 pesos).	—	10
7 *La invención de la Argentina*, por Nicolas Shumway (Emecé). Aguda reflexión sobre los discursos fundadores de la Argentina y las ideologías que Mariano Moreno, Sarmiento, Alberdi y Mitre, entre otros, legaron al país.	—	1
8 *Detrás del espejo*, por Ricardo y Fernando Molinas (BEAS, 17 pesos).	5	5
9 *El miedo a los hijos*, por Jaime Barylko (Emecé, 12 pesos).	7	31
10 *El ser social, el ser moral y el misterio*, por monseñor Justo Laguna (Tiempo de Ideas, 10 pesos).	8	3

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe (Capital Federal), El Monje (Quilmes); El Aleph (La Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Luis Gusmán: **La música de Frankie** (Sudamericana). Autor del recordado *El frasquito* y Premio Boris Vian por *En el corazón de junio*, Gusmán mezcla dilema ético y suspenso en esta nueva novela que confirma la singularidad de su prosa.

Italo Calvino: **Nuestros antepasados** (Alianza). Edición local —por lo tanto, accesible— de un Calvino ya clásico en tres deliciosas novelas: *El vizconde demediado, El barón rampante* y *El caballero inexistente*. Humor cósmico y humano en su mejor expresión.

Philippe Bradu: **El jardín de las delicias democráticas** (Fondo de Cultura Económica). Análisis de las pasiones que los estudios políticos suelen dejar de lado: la angustia, la seducción, la codicia y el goce. Una visión novedosa de la democracia como un espacio cuya pluralidad excede el simple ámbito de lo político.

Carnets///

ENSAYO

Felisberto recuperado

FELISBERTO HERNANDEZ, por Jorge Panesi, Beatriz Viterbo, 1993, 112 páginas.

En la estridente, y un tanto hueca, vida literaria argentina, fecunda en celebraciones y adjetivos, con abundante dosis de exitismo y culto a una juventud dorada que vaya uno a saber si es de ese color, donde casi todo gira en torno de la diosa "novela", única que da calor al erotismo fiduciario de la escritura, leer un ensayo de buena ley sobre literatura de verdad constituye un auténtico remanso; en medio de la falsa fiesta, un libro que se expone y se arriesga "intelectualmente" en el silencio de una edición de pequeña editorial, es un desafío.

Ese buen ensayo al que me refiero es el libro de Jorge Panesi sobre Felisberto Hernández. Primer riesgo que enfrenta: razonar y discurrir sobre una obra que no muchos han frecuentado pero que "se presume" que es valiosa; es ya un lugar común en ciertos ambientes que Felisberto es uno de los principales, pero de ninguna manera eso garantiza que se lo frecuente realmente. Segundo riesgo: la prosa de Panesi fluye, tiene algo de automática, es "como si se hubiera puesto a pensar", lo que implica casi una agresión a quienes escriben y critican, como si eso no fuera indispensable. Tercer riesgo: siendo universitaria su prosa no es académica, sin que por eso se rebaje a la ilusión del adjetivo que parece ser el coto de caza de la crítica que anda circulando por ahí. Cuarto riesgo: Panesi pone sobre la mesa su aparato intelectual, su formación crítica, sus aspiraciones a hacer escritura de lo que podría ser mero oficio de crítico.

Se sabe, o se supone, que un crítico debe explicar una obra, un texto o un autor. Por el momento, y fuera de la universidad, eso es siempre asunto de opinión, de presunta verdad; en la universidad ya se sabe que la cosa no va por ahí, lo que Panesi dice sensatamente sobre Felisberto —él mismo declara que por ahí es "traición"— se comprende, por lo general se comparte e ilumina aspectos de su obra pero no es quizá lo que más interesa. Me atrevo a decir que lo que más interesa es el gesto mismo del crítico, de modo que se trataría de dos pasiones y no de una sola; la de Felisberto apunta o se pone de relieve con las primeras observaciones, la de Panesi reside en el propio desarrollo que lo compromete y que compromete una lectura.

Como se sabe, el estructuralismo dio sustento durante años a lo que se llamaba "crítica"; pasó de moda pero algo dejó, al menos recuerdos de un rigor; luego, fascinó el psicoanálisis y en este libro hay huellas de esa fascinación. Yo creo que es el gesto predominante, en la medida en que Panesi gira en torno de lo que los personajes y sus gestos pueden significar pero eso no quiere decir que, a la manera ortodoxa, los psicoanalice; simplemente muestra hasta qué punto un escritor como Hernández "deja pasar" miradas concebidas en nuestro tiempo, cómo y por qué sería moderno. Y todo, viejo estructuralismo, trasegado psicoanálisis, algún relente marxista, reposada vibración semiótica, se organizan sin proclamarse, en un seguimiento diferente del texto. Se percibe de qué modo, con qué fuerza, se quiere penetrar en él. En suma, la crítica como erótica, lo que equivale a vitalidad de un discurso presentado trivialmente como desvitalizado, como último resto de una cultura racionalista a punto de ser exterminada.

NOE JITRIK

FICCION

Feliz desencuentro

LA CIUDAD ANTERIOR, por Gonzalo Contreras, Planeta, 1993, 186 páginas.

Esta primera novela del chileno Gonzalo Contreras —ganadora del Premio de Novela del diario *El Mercurio*, cuyo jurado estuvo compuesto por José Donoso, Jorge Edwards e Ignacio Valente— se presenta como el desarrollo inesperado de una transgresión mínima. Un viajero que se queda por más tiempo del debido sirve como punto de partida. A contrapelo del género de viajes el protagonista viajero produce en este caso un relato porque —al menos por un tiempo algo extenso e indeterminado— no viaja. Su estadía en esta ciudad "anterior" genera apenas un leve descolocamiento en los habitantes del lugar pero que basta para dar nuevos sentidos a sus vidas.

En efecto, la llegada del viajero (vendedor de armas por catálogo) no representa un "gran" acontecimiento para esta ciudad de provincia cargada con una dosis de asepsia y silencioso control militar que vive a la espera de otra llegada, la del presidente.

Con todo, alrededor de la breve diferencia que instaura la presencia del viajero en la ciudad se reorganizan algunas vidas: la del único hombre que compra un arma y la de aquel que no alcanza a comprarla; la de la mujer/niña con quien el protagonista une su cuerpo y la de la mujer madura con quien no llega a unirse.

Una estética de lo levemente corrido da sentidos, transforma y afecta así la concepción misma del relato. Con un lenguaje ceñido se construye un relato y un paisaje realistas apenas desviados por algunos detalles; la idea de una cotidianeidad naturalizada que se desplaza subrepticiamente hacia lo inesperado enmarca el tratamiento de *la* realidad omnipresente que pesa sobre la sociedad chilena posterior al golpe del '73.

El relato se apoya en esa realidad que, sin embargo, se mantiene en segundo plano. Hablar apenas de ella funciona aquí no para desentenderse sino para hablar más. Gran parte de la eficacia narrativa de la novela radica en ese gesto de no decirlo todo. De hecho, el texto es también una visión oblicua de la dictadura militar chilena que hace de su desencuentro la condición misma de su existencia: el viajero sólo podrá volver a ponerse en marcha para dejar atrás la llegada del presidente. El desencuentro parece ser así la mejor posibilidad para que algo cambie.

CLAUDIA KOZAK

LANZALLAMAS

Ficción, política & under chic

Por Florida la juvenil cola para entrar al ICI y escuchar el concierto de literatura a cargo de Fito Páez y Jorge Lanata presentando el *Vidas de Santos* de Rodrigo Fresán (Planeta), daba la vuelta por Paraguay igual que la de los Midachi en Mar del Plata. En la puerta la vicedirectora Laura Buccellatto, haciendo gala de toda su energía, controlaba que no se desfondara el posmoderno sótano.

Los seiscientos fans de la rock-literatura que lograron acomodarse resistiendo principios de asfixia, avalanchas y empellones no quedaron desilusionados. Vitorearon a Fito y también al poeta Fernando Noy y convivieron con escritores como José Pablo Feinmann, Rodolfo Rabanal, Juan Forn y Guillermo Saccomano, el cineasta Eduardo Milewicz, el humorista Miguel Rep y el publicista Juan Fresán, retornado al país para el bautizo del segundo retoño literario de su hijo Rodrigo.

MENOS PIMPINELA EN LA QUINTA AVENIDA y menos convocante también, pero no por ello menos sesudo, el mismo día y a la misma hora, en el Centro Cultural Recoleta las huestes —más otoñales— reunidas desde el éter por Carlos Rodari, más personajes como Jacobo Timerman, Eva Giberti o Alvaro Abós se aprestaban a bucear en el pasado —prácticamente desconocido para la juvenilia de Florida—, escuchando a la cuasidiputada Martha Mercader— en rojo furioso antienvidia—, a la periodista María Seoane y al ensayista Juan José Sebreli, encargados de presentar el *Vandor o Perón* de Viviana Gorbato, historia del asesinado dirigente metalúrgico Augusto Timoteo Vandor, editada por Tiempo de Ideas pero inhallable en las librerías.

NI LITERATURA NI HISTORIA, FRIVOLIDAD fue la consigna de la convocatoria para asistir a una clase magistral de La Gran Markova sobre el tema "Cómo ser una mujer exitosa", realizada por el Centro de Altos Estudios, en cuyo comité académico revistan, entre otros, el sociólogo Roberto Jacoby, la escritora Laura Ramos y el fotógrafo Alejandro Kuropatwa. Un evento bendecido por los alcoholes de Concha y Toro y por una selecta concurrencia que incluyó desde el viscontiano Federico Klemm, a reinas de la noche como "sir James", la Linda Evangelista de El Dorado, al creador de aspecto oriental y apellido holandés, Sergio De Loof, a su prima carnal la actriz Divina Gloria, además de Ruth y Orly Benzacar y los plásticos Juan José Cambre, Marcia Schvartz y Guillermo Kuitca,

Sammy Davis con corazón de Ivana Trump, señor/señora, antiguo consumidor de las sacerdotisas del pop del Di Tella, proletario del conurbano, la Markova, tocada con una pochogorra imitación serpiente y anteojos negros, como Davis es judía y negra y como la Trump, bella y fría. Previo dedicar su clase a Kuitca "un hijo que tuve cuando fui violada en el gueto de Varsovia", la diva se prestó a un extenso cuestionario y desgranó su cínica y crítica, aunque entrañable, filosofía.

SYLVINA WALGER

Best Sellers///

Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1 *La borra del café*, por Mario Benedetti (Destino, 15 pesos).	1	13
2 *Parque Jurásico*, por Michael Crichton (Emecé, 16 pesos).	3	2
3 *La revolución es un sueño eterno*, por Andrés Rivera (Alfaguara, 15 pesos).	8	15
4 *Cuando ya no importe*, por Juan Carlos Onetti (Alfaguara, 15 pesos).	4	15
5 *Vendidas*, por Zana Muhsen y Andrew Crofts (Seix Barral, 16 pesos). Un hecho verídico que narra la opresión de dos mujeres vendidas por su padre en un pueblo perdido de Yemen.	—	1
6 *El secreto de McNally*, por Lawrence Sanders (Emecé, 13 pesos). Un thriller con chantaje, fraude, adulterio y crimen en torno a una millonaria divorciada, un hijo y un chofer.	—	1
7 *Buenos Aires me mata*, por Laura Ramos (Sudamericana, 14 pesos).	—	2
8 *Uno nunca sabe*, por Roberto Fontanarrosa (De la Flor, 14 pesos).	5	4
9 *Amores brutales*, por Carlos Chernov (Sudamericana, 11 pesos).	—	2
10 *Días de tormenta*, por Rosamunde Pilcher (Emecé, 12 pesos). Una mujer, a la cual le son revelados secretos familiares, decide dejar su soledad para poder investigar la vida de sus antepasados.	—	1

Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1 *El jefe*, por Gabriela Cerruti (Planeta, 19 pesos). Menem al desnudo: sus ambiciones, su osadía, el casamiento y la separación de Zulema Yoma, su relación con los Montoneros, con al logia P2.	1	5
2 *La corrupción*, por Mariano Grondona (Planeta, 17 pesos). El autor de *El posliberalismo* recorre y analiza todas las formas que ha tomado la corrupción a través de la historia.	1	9
3 *El pez en el agua*, por Mario Vargas Llosa (Seix Barral, 26 pesos).	3	8
4 *Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Urano, 11,80 pesos).	6	106
5 *Impunidad diplomática*, por Francisco Martorell (Planeta, 16 pesos).	4	11
6 *Tus zonas mágicas*, por Wayne W. Dyer (Grijalbo, 16 pesos).	—	10
7 *La invención de la Argentina*, por Nicolas Shumway (Emecé). Aguda reflexión sobre los discursos fundadores de la Argentina y las ideologías que Mariano Moreno, Sarmiento, Alberdi y Mitre, entre otros, legaron al país.	—	1
8 *Detrás del espejo*, por Ricardo y Fernando Molinas (BEAS, 17 pesos).	5	5
9 *El miedo a los hijos*, por Jaime Barylko (Emecé, 12 pesos).	7	31
10 *El ser social, el ser moral y el misterio*, por monseñor Justo Laguna (Tiempo de Ideas, 10 pesos).	8	3

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe (Capital Federal), El Monje (Quilmes); El Alëph (La Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Luis Gusmán: **La música de Frankie** (Sudamericana). Autor del recordado *El frasquito* y Premio Boris Vian por *En el corazón de junio*, Gusmán mezcla dilema ético y suspenso en esta nueva novela que confirma la singularidad de su prosa.

Italo Calvino: **Nuestros antepasados** (Alianza). Edición local —por lo tanto, accesible— de un Calvino ya clásico en tres deliciosas novelas: *El vizconde demediado, El barón rampante* y *El caballero inexistente*. Humor cósmico y humano en su mejor expresión.

Philippe Bradu: **El jardín de las delicias democráticas** (Fondo de Cultura Económica). Análisis de las pasiones que los estudios políticos suelen dejar de lado: la angustia, la seducción, la codicia y el goce. Una visión novedosa de la democracia como un espacio cuya pluralidad excede el simple ámbito de lo político.

Carnets///

ENSAYO

Felisberto recuperado

FELISBERTO HERNANDEZ, por Jorge Panesi, Beatriz Viterbo, 1993, 112 páginas.

En la estridente, y un tanto hueca, vida literaria argentina, fecunda en celebraciones y adjetivos, con abundante dosis de exitismo y culto a una juventud dorada que vaya uno a saber si es de ese color, donde casi todo gira en torno de la diosa "novela", única que da calor al erotismo fiduciario de la escritura, leer un ensayo de buena ley sobre literatura de verdad constituye un auténtico remanso; en medio de la falsa fiesta, un libro que se expone y se arriesga "intelectualmente" en el silencio de una edición de pequeña editorial, es un desafío.

Ese buen ensayo al que me refiero es el libro de Jorge Panesi sobre Felisberto Hernández. Primer riesgo que enfrenta: razonar y discurrir sobre una obra que no muchos han frecuentado pero que "se presume" que es valiosa; es ya un lugar común en ciertos ambientes que Felisberto es uno de los principales, pero de ninguna manera eso garantiza que se lo frecuente realmente. Segundo riesgo: la prosa de Panesi fluye, tiene algo de automática, es "como si se hubiera puesto a pensar", lo que implica casi una agresión a quienes escriben y critican, como si eso no fuera indispensable. Tercer riesgo: siendo universitaria su prosa no es académica, sin que por eso se rebaje a la ilusión del adjetivo que parece ser el coto de caza de la crítica que anda circulando por ahí. Cuarto riesgo: Panesi pone sobre la mesa su aparato intelectual, su formación crítica, sus aspiraciones a hacer escritura de lo que podría ser mero oficio de crítico.

Se sabe, o se supone, que un crítico debe explicar una obra, un texto o un autor. Por el momento, y fuera de la universidad, eso es siempre asunto de opinión, de presunta verdad; en la universidad ya se sabe que la cosa no va por ahí, lo que Panesi dice sensatamente sobre Felisberto —él mismo declara que por ahí es "traición"— se comprende, por lo general se comparte e ilumina aspectos de su obra pero no es quizá lo que más interesa. Me atrevo a decir que lo que más interesa es el gesto mismo del crítico, de modo que se trataría de dos pasiones y no de una sola; la de Felisberto apunta o se pone de relieve con las primeras observaciones, la de Panesi reside en el propio desarrollo que lo compromete y que compromete una lectura.

Como se sabe, el estructuralismo dio sustento durante años a lo que se llamaba "crítica"; pasó de moda pero algo dejó, al menos recuerdos de un rigor; luego, fascinó el psicoanálisis y en este libro hay huellas de esa fascinación. Yo creo que es el gesto predominante, en la medida en que Panesi gira en torno de lo que los personajes y sus gestos pueden significar pero eso no quiere decir que, a la manera ortodoxa, los psicoanalice; simplemente muestra hasta qué punto un escritor como Hernández "deja pasar" miradas concebidas en nuestro tiempo, cómo y por qué sería moderno. Y todo, viejo estructuralismo, trasegado psicoanálisis, algún relente marxista, reposada vibración semiótica, se organizan sin proclamarse, en un seguimiento diferente del texto. Se percibe de qué modo, con qué fuerza, se quiere penetrar en él. En suma, la crítica como erótica, lo que equivale a vitalidad de un discurso presentado trivialmente como desvitalizado, como último resto de una cultura racionalista a punto de ser exterminada.

NOE JITRIK

FICCION

Feliz desencuentro

LA CIUDAD ANTERIOR, por Gonzalo Contreras, Planeta, 1993, 186 páginas.

Esta primera novela del chileno Gonzalo Contreras —ganadora del Premio de Novela del diario *El Mercurio*, cuyo jurado estuvo compuesto por José Donoso, Jorge Edwards e Ignacio Valente— se presenta como el desarrollo inesperado de una transgresión mínima. Un viajero que se queda por más tiempo del debido sirve como punto de partida. A contrapelo del género de viajes el protagonista viajero produce en este caso un relato porque —al menos por un tiempo algo extenso e indeterminado— no viaja. Su estadía en esta ciudad "anterior" genera apenas un leve descolocamiento en los habitantes del lugar pero que basta para dar nuevos sentidos a sus vidas.

En efecto, la llegada del viajero (vendedor de armas por catálogo) no representa un "gran" acontecimiento para esta ciudad de provincia cargada con una dosis de asepsia y silencioso control militar que vive a la espera de otra llegada, la del presidente.

Con todo, alrededor de la breve diferencia que instaura la presencia del viajero en la ciudad se reorganizan algunas vidas: la del único hombre que compra un arma y la de aquel que no alcanza a comprarla; la de la mujer/niña con quien el protagonista une su cuerpo y la de la mujer madura con quien no llega a unirse.

Una estética de lo levemente corrido da sentidos, transforma y afecta así la concepción misma del relato. Con un lenguaje ceñido se construye un relato y un paisaje realistas apenas desviados por algunos detalles; la idea de una cotidianeidad naturalizada que se desplaza subrepticiamente hacia lo inesperado enmarca el tratamiento de *la* realidad omnipresente que pesa sobre la sociedad chilena posterior al golpe del '73.

El relato se apoya en esa realidad que, sin embargo, se mantiene en segundo plano. Hablar apenas de ella funciona aquí no para desentenderse sino para hablar más. Gran parte de la eficacia narrativa de la novela radica en ese gesto de no decirlo todo. De hecho, el texto es también una visión oblicua de la dictadura militar chilena que hace de su desencuentro la condición misma de su existencia: el viajero sólo podrá volver a ponerse en marcha para dejar atrás la llegada del presidente. El desencuentro parece ser así la mejor posibilidad para que algo cambie.

CLAUDIA KOZAK

ENSAYO

Turismo musical

INVITACION A LA MUSICA, por Jonathan Kramer. Javier Vergara Editor, 1993, 864 páginas.

Escribir sobre música supone, en el infrecuente caso de que quien lo haga tenga formación teórico-técnica específica, desafíos y elecciones. Si una cierta tradición crítica ha posibilitado la incorporación de conceptos intrínsecos al lenguaje en el imaginario del público de literatura y cine, la situación es bien otra en el caso de la música. Palabras como montaje, iluminación o cámara son fácilmente comprensibles mientras que otras, referidas al discurso sonoro y equivalentes en cuanto a su esencialidad —intervalo, disonancia, ataque, serie— condenan a quien las use al más que minoritario coto de los especialistas.

Sumando la dificultad de que, en este caso, debe hablarse de un lenguaje usando obligatoriamente otro (¿qué es lo que puede contarse con palabras sobre una sinfonía?), la disyuntiva suele estar entre relatar una serie de anécdotas o chismes más o menos simpáticos pero irrelevantes y producir un texto incomprensible para casi todos los hipotéticos lectores.

Jonathan Kramer, compositor y pedagogo encargado, entre otras cosas, de la elaboración de las notas para los programas de la Sinfónica de Cincinatti, las reunió en esta edición que se propone con éxito como una invitación.

Con un lenguaje riguroso pero sencillo, que acude lo menos posible a tecnicismos, pero que no deja en ningún momento de hablar de música, acerca de ideas y datos sobre la estructura de las obras comentadas, casi como una guía de audición. Lo histórico —incluyendo la historia personal de los compositores— aparece sólo como una forma de situar las obras en un contexto adecuado.

Circunscripto voluntariamente a las obras sinfónicas (o sinfónico-corales) más frecuentemente ejecutadas en concierto —lo que de todas maneras permite un panorama que abarca desde Bach hasta Webern, Ives, Hindemith o Schönberg— este no tan pequeño mapa para turistas resulta uno de los más útiles publicados hasta el momento.

DIEGO FISCHERMAN

LANZALLAMAS

Ficción, política & under chic

Por Florida la juvenil cola para entrar al ICI y escuchar el concierto de literatura a cargo de Fito Páez y Jorge Lanata presentando el *Vidas de Santos* de Rodrigo Fresán (Planeta), daba la vuelta por Paraguay igual que la de los Midachi en Mar del Plata. En la puerta la vicedirectora Laura Buccellatto, haciendo gala de toda su energía, controlaba que no se desfondara el posmoderno sótano.

Los seiscientos fans de la rock-literatura que lograron acomodarse resistiendo principios de asfixia, avalanchas y empellones no quedaron desilusionados. Vitorearon a Fito y también al poeta Fernando Noy y convivieron con escritores como José Pablo Feinmann, Rodolfo Rabanal, Juan Forn y Guillermo Saccomano, el cineasta Eduardo Milewicz, el humorista Miguel Rep y el publicista Juan Fresán, retornado al país para el bautizo del segundo retoño literario de su hijo Rodrigo.

MENOS PIMPINELA EN LA QUINTA AVENIDA y menos convocante también, pero no por ello menos sesudo, el mismo día y a la misma hora, en el Centro Cultural Recoleta las huestes —más otoñales— reunidas desde el éter por Carlos Rodari, más personajes como Jacobo Timerman, Eva Giberti o Alvaro Abós se aprestaban a bucear en el pasado —prácticamente desconocido para la juvenilia de Florida—, escuchando a la cuasidiputada Martha Mercader— en rojo furioso antienvidia—, a la periodista María Seoane y al ensayista Juan José Sebreli, encargados de presentar el *Vandor o Perón* de Viviana Gorbato, historia del asesinado dirigente metalúrgico Augusto Timoteo Vandor, editada por Tiempo de Ideas pero inhallable en las librerías.

NI LITERATURA NI HISTORIA, FRIVOLIDAD fue la consigna de la convocatoria para asistir a una clase magistral de La Gran Markova sobre el tema "Cómo ser una mujer exitosa", realizada por el Centro de Altos Estudios, en cuyo comité académico revistan, entre otros, el sociólogo Roberto Jacoby, la escritora Laura Ramos y el fotógrafo Alejandro Kuropatwa. Un evento bendecido por los alcoholes de Concha y Toro y por una selecta concurrencia que incluyó desde el viscontiano Federico Klemm, a reinas de la noche como "sir James", la Linda Evangelista de El Dorado, al creador de aspecto oriental y apellido holandés, Sergio De Loof, a su prima carnal la actriz Divina Gloria, además de Ruth y Orly Benzacar y los plásticos Juan José Cambre, Marcia Schvartz y Guillermo Kuitca.

Sammy Davis con corazón de Ivana Trump, señor/señora, antiguo consumidor de las sacerdotisas del pop del Di Tella, proletario del conurbano, la Markova, tocada con una pochogorra imitación serpiente y anteojos negros, como Davis es judía y negra y como la Trump, bella y fría. Previo dedicar su clase a Kuitca "un hijo que tuve cuando fui violada en el gueto de Varsovia", la diva se prestó a un extenso cuestionario y desgranó su cínica y crítica, aunque entrañable, filosofía.

SYLVINA WALGER

ENSAYO

Turismo musical

INVITACION A LA MUSICA, por Jonathan Kramer. Javier Vergara Editor, 1993, 864 páginas.

Escribir sobre música supone, en el infrecuente caso de que quien lo haga tenga formación teórico-técnica específica, desafíos y elecciones. Si una cierta tradición crítica ha posibilitado la incorporación de conceptos intrínsecos al lenguaje en el imaginario del público de literatura y cine, la situación es bien otra en el caso de la música. Palabras como montaje, iluminación o cámara son fácilmente comprensibles mientras que otras, referidas al discurso sonoro y equivalentes en cuanto a su esencialidad —intervalo, disonancia, ataque, serie— condenan a quien las use al más que minoritario coto de los especialistas.

Sumando la dificultad de que, en este caso, debe hablarse de un lenguaje usando obligatoriamente otro (¿qué es lo que puede contarse con palabras sobre una sinfonía?), la disyuntiva suele estar entre relatar una serie de anécdotas o chismes más o menos simpáticos pero irrelevantes y producir un texto incomprensible para casi todos los hipotéticos lectores.

Jonathan Kramer, compositor y pedagogo encargado, entre otras cosas, de la elaboración de las notas para los programas de la Sinfónica de Cincinatti, las reunió en esta edición que se propone con éxito como una invitación.

Con un lenguaje riguroso pero sencillo, que acude lo menos posible a tecnicismos, pero que no deja en ningún momento de hablar de música, acerca de ideas y datos sobre la estructura de las obras comentadas, casi como una guía de audición. Lo histórico —incluyendo la historia personal de los compositores— aparece sólo como una forma de situar las obras en un contexto adecuado.

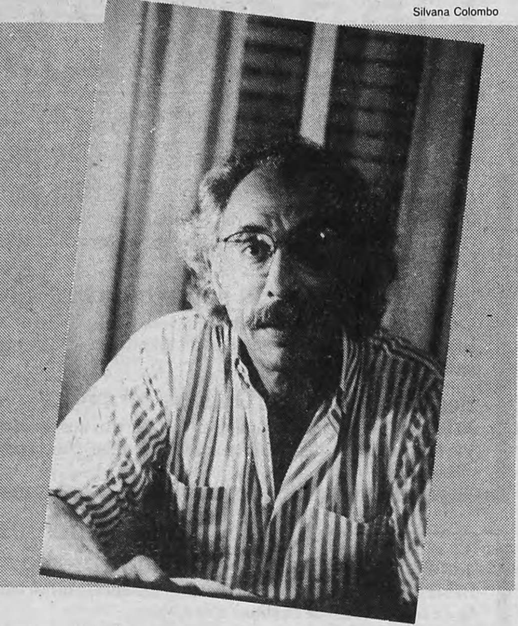
Circunscripto voluntariamente a las obras sinfónicas (o sinfónico-corales) más frecuentemente ejecutadas en concierto —lo que de todas maneras permite un panorama que abarca desde Bach hasta Webern, Ives, Hindemith o Schönberg— este no tan pequeño mapa para turistas resulta uno de los más útiles publicados hasta el momento.

DIEGO FISCHERMAN

NUEVO LIBRO DEL PREMIO NACIONAL DE ENSAYO

Ultimo Premio Nacional de Ensayo, Santiago Kovadloff reflexiona sobre la relación del silencio con la poesía, el psicoanálisis, la música, la matemática y la pintura —entre otros temas— en "El silencio primordial", libro que Emecé distribuye en estos días. En diálogo con **Primer Plano**, Kovadloff anticipa y desarrolla algunas de las líneas centrales del texto.

Silvana Colombo



LOS SILENCIOS DE KOVADLOFF

OSVALDO GALLONE

A qué alude el título de esta nueva obra, El silencio primordial?

—No me interesa la acepción del silencio que implica encubrimiento, la opción deliberada o no de la censura sobre algo que puede ser dicho. Me interesa el silencio en cuanto realidad que no alcanza el lenguaje o que lo rebasa, esa dimensión de la realidad que se hace presente bajo la forma de una presión sobre la existencia y que, sin embargo, no ingresa al terreno de un significado claro, aunque sí ingrese al terreno de un sentido profundo.

—El primer capítulo del libro trata sobre el silencio y la poesía. Ya en trabajos anteriores se definía a la poesía como el tránsito de un silencio a otro silencio. ¿Aquí se ahonda esta definición?

—Aquí nombro a estos dos silencios: el silencio de la oclusión y el silencio de la epifanía. Llamo silencio de la oclusión a aquel que rehúye decir lo que puede ser dicho. El silencio de la epifanía, en cambio, alude al espacio de silencio en el cual irrumpe una presencia indesignable y aun así discernible, es un silencio que carga de transparencia y cercanía a algo que no se advierte como significado inequívoco y tiene, no obstante, una profunda incidencia como realidad sobre nosotros.

—En cuanto a la relación entre el silencio y la cura psicoanalítica, ¿se podrían abordar estos dos términos bajo la advocación de un concepto lacaniano retomado por David Nasio: la terapia comienza cuando la palabra falla?

—"El silencio en la cura" es un capítulo orientado hacia la caracterización del papel que cumple lo no verbal en el proceso de autocomprensión de una existencia y, en consecuencia, tiende a valorar la capacidad de acceso al silencio por parte del analista y del paciente. El silencio no aparece como lo que precede a la palabra, sino como lo que sucede y le sucede a la palabra, como el desenlace de un lenguaje que se agota, que, fallando, permite que irrumpa el silencio que colmará de sentido a la palabra ulterior.

—En varios de los capítulos del libro se propone el desconocimiento de uno mismo e, incluso, la precipitación en la alteridad como vías de conocimiento. Estas dos ideas parecen constituir una constante.

—Son convicciones filosóficas, responden a lo que de esencial recibí de la metafísica occidental y del pensamiento judío: de la tradición cabalística, talmúdica y, sin duda, del núcleo de la propuesta bíblica y de los emergentes contemporáneos de esta tradición: Emmanuel Lévinas, Martin Buber y Abraham Heschel. Así, se fue modelando en mí la idea de que el progreso es el resultado del descubrimiento de nuevos dilemas y no necesariamente el hecho en sí del cierre de dilemas. En *La nueva ignorancia* (1992) yo ya desarrollaba una idea análoga: uno no escribe para decir lo que sabe, uno escribe para llegar a saber qué quiere decir. Esta idea es central. Creo que cuando un escritor ingresa auténticamente a un tema reconoce que la fascinación por ese asunto coincide con cierta incomprensión esencial de su significado. La fascinación que el asunto ejerce sobre él le revela que está cargado de un sentido que lo llama y lo desafía; la incomprensión de su significado, a su vez, es el resultado de la inmersión en un tema que, ejerciendo sobre él un auténtico hechizo, no se revela todavía como un tema diurno diáfano. De esta doble tensión nace buena parte de lo que nosotros conocemos como proceso creador.

—Parece ser a partir de este cuerpo de ideas que, en El silencio primordial, *aparece definida la noción de caos no como la antítesis del orden, sino como una manifestación simultánea de los contrarios.*

—Así es, allí se cruzan diversos tópicos que encuentran su nexo común: el sentido de la heteronomía de Fernando Pessoa, la penumbra que rige en la pintura de Rembrandt y la convicción, otra vez cabalística, de que el caos es un estado de la realidad cuyas leyes organizativas escapan a nuestra comprensión, pero no necesariamente un estado de la realidad que carezca de leyes. Unido a todo esto está el hecho de que el registro tonal de mi libro sea el del ensayo. El ensayo es un género caótico, es el gesto de la vacilación y la afirmación simultáneas, de la pregunta, de la incertidumbre y a la vez de la exploración reflexiva y rigurosa en torno de un tema. Una de mis deudas más profundas con respecto a la tradición literaria de la que mi obra proviene se remonta, tal vez, a Sarmiento, en lo que se refiere a la búsqueda de un lenguaje que, sin renunciar a la reflexión detenida sobre su asunto, no se aleje excesivamente de la respiración oral de las palabras.

—La mera enunciación de los temas que a lo largo del libro se relacionan con el silencio lleva a pensar en un afán totalizador, en una summa.

—Este libro está escrito contra el espíritu de fragmentación, contra la presunción de que existen zonas autónomas del saber no interrelacionadas con otras. Yo provengo de una educación regida por fuertes escisiones, por rígidas contraposiciones entre las humanidades y las ciencias. Los años me fueron demostrando que el desconocimiento de los problemas de la filosofía de la ciencia implica un autodesconocimiento. El capítulo "El silencio matemático", por ejemplo, pretende ser una primera comprensión, tal vez aún insuficiente, de cómo el abordaje de un problema específicamente matemático puede brindarle a una sensibilidad abierta al dilema metafísico un terreno más que sugestivo.

EL NO LUGAR DE AMERICA LATINA

LA RESISTENCIA

Un libro reciente de Arcadio Díaz Quiñones, "La memoria rota", permite al filósofo español Eduardo Subirats reflexionar sobre las múltiples señas de identidad de América latina sobre la sistemática destrucción de la memoria.

EDUARDO SUBIRATS

Hace un par de años, un periodista del establishment español escribió, en una revista oficial creada en Washington para difusión misionera de la efemérides del '92, que el Quinto Centenario serviría para que los norteamericanos se enteraran de que España, al fin y al cabo, no era una isla del Caribe (1).

La cita no es solamente una ilustración del entonces incipiente racismo europeo, sino de algo más: la conciencia europea del Caribe como un no-lugar en el tiempo y en el espacio.

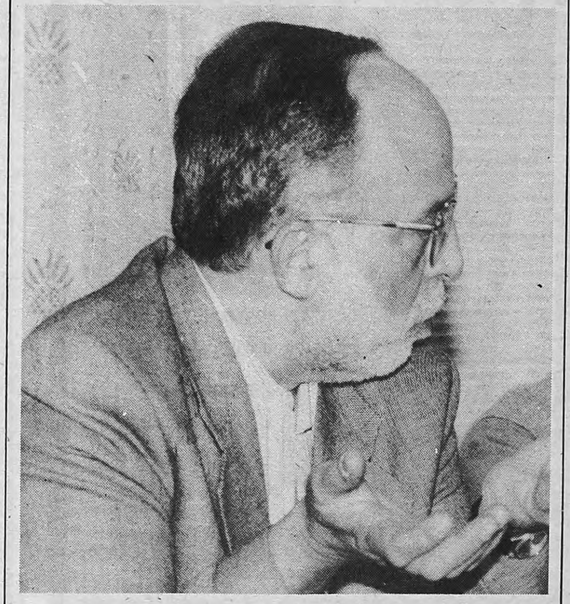
He recordado esta espléndida cita a raíz de una definición ácida y seductora de Puerto Rico, en el libro de Arcadio Díaz Quiñones, *La memoria rota* (2): "En el saber institucionalizado de las universidades de Estados Unidos, el lugar de Puerto Rico es muy incierto. Como no es ni 'latinoamericano' ni 'norteamericano', termina por borrarse. Muchos no ven ahí ni sujeto histórico ni fines. La historia puertorriqueña es un relato que no cuenta, y que, por consiguiente, no se cuenta".

La antología de ensayos sobre literatura y política en América latina y el Caribe de Arcadio Díaz Quiñones reunidos en este libro gira en torno de este interrogante fundamental: el no-lugar, el sujeto tachado, la memoria rota, la no-identidad, las lenguas olvidadas, la historia negada, como negativa condición fundamental y constituyente, centro sobre el que gravita una identidad histórica y una especie de destino:

Esta situación negativa de marginalidad absoluta de lo caribeño se dibuja, sin embargo, en estas páginas como una condición ejemplar de lo hispanoamericano: bajo el sistema colonial español, luego a partir de una ambivalente independencia, y por fin, a través de una ambigua modernidad, para culminar en una posmodernidad que sella emblemáticamente este proceso.

He aquí el problema general: la falsa universalidad de un proceso civilizador (ayer cristianizador, más tarde ilustrado, emancipador y nacional, por fin modernizador y posmodernizador), en sus últimos efectos violento, represivo y uniformador de culturas, lenguas y formas de vida, convierte la realidad singular de las culturas americanas de ayer y de hoy en una particularidad carente de significado.

El problema, por formularlo en la jerga posestructuralista, es el referente. Más exactamente, se trata del problema de la asusencia del referente, de la liquidación del referente en la historia cultural latinoamericana. Arcadio Díaz Quiñones analiza esta amplia constelación bajo dos perspectivas fundamentales. La primera es literaria, o más bien políticoliteraria, mostrando ejemplarmente la integración de la escritura literaria con la vida cotidiana y el acontecer político en el Caribe. El segundo



Arcadio Díaz Quiñones, autor de "La memoria rota".



DE LA MEMORIA



planteamiento bajo el que Díaz Quiñones formula la cuestión es estrictamente lingüístico. Aunque lo hace bajo un lindo título de *brega* que debe asustar al academicismo formalista posmoderno: *la política del olvido*.

Repito: el problema central que plantea Arcadio Díaz Quiñones es el no-lugar del Caribe como estilización del no-lugar de América latina. Y añado ahora: el lugar privilegiado en el que Díaz Quiñones inquiere y analiza este problema es precisamente la lengua. Mejor dicho, el español y el inglés, y las lenguas de América.

LA LOGICA DEL DESEO. Desearía permitirme un paréntesis. El Inca Garcilaso de la Vega planteó por vez primera, y a mi modo de ver, de una manera radical que no ha vuelto a repensarse en la literatura latinoamericana contemporánea, el drama lingüístico del no-lugar de América. Quizá pueda ilustrar este nexo con una simple pero elocuente anécdota.

La anécdota que cuenta Garcilaso es sencilla: llegan unos españoles a las playas de Tawantisuyu, o sea "las cuatro partes del mundo", de acuerdo con la filología garcilasiana. Encuentran a un pescador junto a un río. Vociferan. El pescador, asustado, responde por su nombre: *Berú*. Los españoles no entienden. Vociferan. El pescador, asustado, responde por el nombre del río: *Pelú*. Los españoles concluyen: esta nación es *Perú*.

Garcilaso, tan alambicado y florido en sus estrategias argumentales, es en este caso tan lacónico como el más castellano. Escribe: los españoles entendieron según su deseo. Y añade el siguiente concepto antihermenéutico: ¡imposición de nombre!

Entender según el propio deseo e imponer el nombre define precisamente el principio constituyente de un poder colonizador: principio de destrucción del lenguaje "autóctono" y de las formas de vida (la identidad del nuevo nombre bautismal, de la nueva toponimia y de la nueva gramática cristianas, y de los poderes que entraña, o sea, la guerra, la esclavitud, la destrucción de la tierra y del cuerpo, y de lo que llamamos alma, vida o esperanza).

Arcadio Díaz Quiñones formula drásticamente este dilema, que es, por así decirlo, el acta de nacimiento histórico de América. Cita el actual y contemporáneo discurso colonial arcaico: "Durante casi cinco siglos el español ha sido nuestra lengua materna". Lo define: "La lengua 'materna' nos constituye: es palabra instauradora del ser, la garantía de unidad de un mundo amenazado por la fragmentación...". Pero a continuación Díaz Quiñones señala claramente el carácter de esta amenaza de fragmentación: aparentemente ella hace alusión al nuevo poder norteamericano sobre Puerto Rico y quizá también sobre América latina. Pero, en realidad, la amenaza de fragmentación es una categoría más amplia que comprende los fenómenos de dominación posmodernos, transnacionales y pluriculturales.

SEÑAS DE IDENTIDAD. Frente al reconocimiento de esta "imposición de nombre", de identidad y de poder —por formularlo garcilasianamente— Arcadio Díaz Quiñones recuerda, a título de estrategia argumentativa, que, bajo este principio de identidad excluyente y represiva (el español como la lengua impuesta por el poder del primer conquistador, el conquistador fundacional), ha existido una pluralidad de lenguas y, con ellas, de formas de vida. Los materiales que sus ensayos aportan al respecto son tan bellos que no quiero dejar de citarlos sucintamente. De un esclavo capturado en el siglo XIX se registra el "no hablar nada que se le entienda", de otro se añade, como signos de identidad, marcas de tortura en los pechos y que "posee los idiomas español, francés, dinamarqués e inglés", de otros esclavos fugitivos, pero capturados, se señala por toda identidad que "no entienden el idioma español", de otra esclava capturada se dice por toda seña de identidad su "color achocolatado; no habla ningún idioma conocido", y seña de otra "negra", que "está al parecer embarazada... nariz chata... no se le entiende nada de lo que habla..."; y de otra "negra", por los mismos años, se dice asimismo que "no habla castellano ni he podido encontrar aquí quién la entienda", etcétera.

En el contexto de su análisis lingüístico, Aracadio Díaz Quiñones concluye: las señas de identidad son dobles; por una parte, las heridas de la violencia colonizadora y de la esclavitud; por otra, la ausencia de voz, o sea, la destrucción de la memoria. Guerra y olvido, tales las estrategias constituyentes de la colonización americana hasta hoy.

A esta identidad del poder el escritor Arcadio Díaz Quiñones le opone drásticamente la memoria atrás de la represión y la violencia colonizadora de América, que es, en primer lugar, la de multiplicidad de lenguas y formas de vida que le subyacían y subyacen.

He aquí el planteamiento elemental de una hermenéutica literaria que los ensayos de *La memoria rota* trazan a lo largo de diferentes pasajes de la vida literaria del Caribe y América latina. *Leitmotiv*: "Con los residuos y los fragmentos se construye una cultura: ése también es el Caribe. Y ello nos permite universalizarnos en un mundo de desplazados, de diásporas y de continua redefinición de identidades: una dialéctica de preservación y de innovación". Díaz Quiñones descubre la verdadera universalidad que emana de una realidad particular reconocida en su historicidad, aunque esta historicidad sea la de la violencia, la fragmentación, la imposición de nombre y también la de la resistencia de la memoria.

CONTRA GUERRA Y OLVIDO. Este no es sólo el análisis que brinda el libro de Díaz Quiñones, sino también el programa que implícitamente o no tan implícitamente encierra. Se trata de una estrategia de la reconstrucción hermenéutica, de la restauración de la memoria a partir de las ruinas: exactamente lo que planteó Garcilaso el Inca como única alternativa política a la estrategia de "guerra y olvido" del colonizador.

Este motivo garcilasiano es formulado de la manera más explícita por Arcadio Díaz Quiñones en un giro que merece subrayarse porque añade una dimensión profunda y vital a la labor de la crítica literaria: la restauración del texto, y esto quiere decir el *bricolage* a partir del fragmento, de la ruina, de la diáspora, del exilio, de las heridas de la identidad impuesta sobre el cuerpo mutilado y las palabras robadas, todas estas tareas de interpretación y crítica literaria significan, al mismo tiempo, una restauración de la comunidad perdida. Tal era también el nuevo sentido que Garcilaso dio innovadoramente y con una perspectiva plenamente actual a la hermenéutica italiana del *quattrocento*.

Una cita de las bellas páginas de este libro de Arcadio Díaz Quiñones, relativa a Nilita Vientós Gastón y a la revista *Sin Nombre* (1970-1985) que fundó, viene a ilustrar este nexo entre la hermenéutica y la crítica literaria (la resistencia de la memoria) y el ideal de una comunidad restaurada: "En el alfabeto de la revista *Sin Nombre* veo yo la gran herencia que generosamente quiso donar Nilita: las letras, para que la ciudad no desaparezca".

**Filósofo español. Entre sus libros* La ilustración insuficiente, La cultura como espectáculo.

(1) Vicente Verdú, en: *Encounters, num. 1, Washington, 1990.*

(2) *Arcadio Díaz Quiñones La memoria rota; ensayos sobre cultura y política,* Río Piedras, Ediciones Huracán, 1993.

MARTA PESSARRODONA



REEDITAN "FLUSH. UNA BIOGRAFIA" DE VIRGINIA WOOLF

VIDA de perro

Flush es el cocker spaniel de la poetisa Elizabeth Barret. La vida de este perro y la manera en que ve el mundo —la época victoriana— su mente canina son el tema de "Flush. Una biografía", texto de la narradora y ensayista Virginia Woolf, reeditado en estos días por Destino. Marta Pessarrodona, en varias ocasiones traductora de Woolf, lo analiza.

Cuando, en agosto de 1931, Virginia Stephen (1882-1941), Woolf de casada, consigna en su Diario que "para aligerarme la cabeza, agarrotada por el tornillo de *Las olas*" va a escribir *Flush: A Biography* (1993), quizá no podia pensar que tal biografía, vista con la perspectiva que hoy nos es factible, aparecería como una historia de damas. En efecto, sin la existencia previa de Flush, el perro de la poeta Elizabeth Barrett, de soltera, y Barrett Browning (1806-1861) de casada, regalo de su amiga Miss Mitford, como muy bien sabe el lector de esta obra, así como Pinker o Pinka, la cocker spaniel que regaló a los Woolf otra escritora, Vita Sackville-West (1892-1962) de soltera y de casada (aunque también se la conocía por Mrs. Nicolson), tal vez no existiría este libro.

Por otra parte, a estas alturas de la industria Bloomsbury (que algunos consideran un género literario propio: El Grupo de Bloomsbury) y del culto a Virginia Woolf, quizá "el autor más documentado de la historia de la literatura universal, hoy cuesta creer que ella tuviera dudas respecto de su quehacer de novelista y que, por ejemplo, cuando simultaneó el ensayo con la novela (como fue el caso en 1925, año en que apareció el primer volumen de *The Common Reader*, que reunía varios de sus ensayos literarios, y a los pocos meses *La señora Dalloway*, su cuarta novela), confesara en la intimidad de su Diario que, si fracasaba en lo novelístico, se recluiría en su labor ensayística, encomiada, entre otros, por un novelista-poeta que ella admiraba: Thomas Hardy. Afortunadamente, *La señora Dalloway* resultó un inicio de éxito popular para ella, por lo que se estableció la dicotomia novelista-ensayista que la convierte en un caso singular e insoslayable dentro de la literatura de cualquier época.

Sin embargo, no se conformaría con tal dicotomia y en 1929 sorprendería con lo que Jorge Luis Borges, uno de sus traductores en lengua castellana, ha calificado como la carta de amor más larga de la historia: *Orlando*. De nuevo, *A Biography*. La destinataria de tal epístola era Vita Sackville-West, y Orlando, un ser andrógino a tenor de la época, que vive desde la fundación de la mansión de los Sackville-West, Knole, en época de Isabel I, hasta nuestro siglo. Con *Orlando* Virginia devolvería a Vita, metafóricamente, lo que ésta habia perdido por ser mujer: Knole. Redactaría la obra —digamos, biografía— al compás de una pasión compartida que, avatares de tal pulsión sentimental y vocablo que en algunas lenguas (como la catalana o la alemana) tiene la misma raíz que sufrimiento, cuando apareciera el libro, ya habría desaparecido en una de las dos partes, Vita; quizás porque la pasión, como la nostalgia, a veces ya no es lo que era. Sin embargo, fue durante la redacción de *Orlando* cuando Vita regaló a Pinker al matrimonio Woolf, mientras Virginia volvia una vez más al epistolario de otro matrimonio de escritores, los Browning. Se cruzaron algunos cables, por supuesto y por fortuna. Por otra parte, si *Orlando* había representado un cierto respiro después del esfuerzo agotador de su novela *Al faro* (1927), ¿por qué no intentar algo parecido después de *Las olas* (1932)? Una vez más el intento dio buen resultado, algo que su historia personal y la colectiva no permitirían de nuevo a la autora. Advirtamos que *Flush* aparece en 1933, año de la toma nazi del poder. El Grupo de Bloomsbury ha empezado a desmembrarse con la desaparición un año antes de Lytton Strachey. Le seguirá Roger Fry, en 1934, y si bien las últimas fases de redacción de la biografía del perro de la poeta coinciden con el inicio de lo que será su penúltima novela, *Los años* (1937), su *Tres guineas* (1938) —una obra entre el ensayo y el panfleto político— no resultará el respiro que supuso *Flush* entre esa novela y la anterior, *Las olas* (1932); ni tampoco lo será su biografía tradicional, *Roger Fry* (1940), escrita entre *Los años* y su última novela, cuya publicación ya no verá, *Entre actos* (1941). Donde fue posible, a pesar de la protesta, la jocosidad, como en *Una habitación propia* (1929), ya no lo será a partir de *Flush*. Estallará la guerra, además.

Como muy bien observa Quentin Bell en la biografía de la autora (1972), *Flush* no es tanto el producto de una típica amante de los perros (*dog-lover*), papel que en el matrimonio Woolf interpretaba el marido, Leonard, como el de alguien que quisiera ser un perro, un sentimiento, eso sí, muy compartido por los *dog-lovers*. El esfuerzo de la escritora se concentra en contar la historia desde el punto de mira del perro, incluso desde su altura: no vemos el traje de Robert Browning, antes la tela de sus pantalones tal y como puede observarla un can. Como Virginia le manifestara a un admirador norteamericano (Frederick B. Adams, en una carta del 14 de marzo de 1933), deseoso de comprar el manuscrito (hoy en la Biblioteca Pública de Nueva York). "El verano pasado se me ocurrió cuando leía las cartas de los Browning, que él (Flush) se merecía una biografía. Pero, en realidad, sabemos muy poco de él y he tenido que inventar mucho." Por otra parte, no es la primera vez que Virginia Woolf siente interés por algo relacionado con Elizabeth Barrett Browning. En "Poet's Letters", uno de sus primeros artículos (publicado en *Speaker*, en 1906) comienza la ardua tarea de diluir la opinión de un crítico tan prestigioso en su día como Edmund Gosse, que restaba méritos a la obra de la poeta victoriana y, por extensión, a toda la poesía escrita por mujeres. Asimismo, desde la publicación, en 1857, de la novela-poema de Elizabeth Barrett Browning, de gran éxito, *Aurora Leigh*, hasta la reedición de la obra en nuestros años setenta (obviamente, a cargo de una editorial feminista), sólo media un estudio exhaustivo sobre ella, a cargo de Virginia Woolf, aparecido en 1931 en la *Yale Review*. En él Woolf había empezado a situar a la poeta en su justo término, que no es el de la poesía lírica exclusivamente, como se empeñan los libros de referencia generalmente anclados en sus *Sonetos del portugués* (1850), sino también de protesta contra la esclavitud, abogacía de nacionalismos independentistas y feminista *avant* —y durante— *la lettre*, sin ningún deseo de convertirse en la mujer de regalo (*token*) que permite la sociedad patriarcal a cada época; algo que prueba muy bien su entusiasmo por la autora de *La cabaña del tío Tom*, Harriet Becher Stowe, o por Madame de Stael, así como sus dos poemas dedicados a George Sand, envidia de cualquier poeta feminista de nuestros días. Gracias a Woolf, quizás hoy podamos trazar mejor la línea que va de la novela *Corinne ou l'Italie* (1807), de Madame de Stael, pasa por *Aurora Leigh*, y desemboca en *El cuaderno dorado* (1962), de Doris Lessing. Es decir, contar desde una obra de ficción qué significa ser mujer y escritora.

Además, Virginia Woolf, como nos prueban los cuadernos en que anotaba sus lecturas, hoy publicados (*Reading Notebooks*, 1983), no confió en el azar para la redacción de *Flush*. Utilizó los volúmenes de cartas de la autora, en edición a cargo de F. G. Kenyon (1897); *Letters to her Sister*, 1846-1859, en edición de Leonard Huxley (1929), así como *British Dogs*, de Hugh Dalziel (1870), de la misma manera que *Knole and the Sackvilles*, de Vita Sackville-West (1922) le había sido imprescindible para la redacción de su otra biografía en clave de fantasía, *Orlando*. También, si *La señora Dalloway* es un producto típico de una londinense, un verdadero canto a la ciudad, gracias a este cocker, Flush, volveremos a ella y tendremos una panorámica del Londres victoriano que la autora, Virginia, simultaneó con el suyo propio, puesto que simultaneó la redacción de esta biografía con una serie de seis artículos sobre la ciudad para una revista, *Good Housekeeping*, publicados hoy en forma de volumen con el título de *Escenas de Londres* (1975).

En nuestra perspectiva, tenemos hoy a dos autoras, Browning y Woolf —los apellidos matrimoniales por los que podemos encontrarlas en los libros de referencia—, que se caracterizaron por ser "ladies in the sofa", unas enfermas, que, no obstante, han dejado una abundante y cualitativa producción. En esta categoría, coinciden con Emily Dickinson o Carson McCullers, por lo que tal vez sea necesario escribir una historia de la literatura bastante distinta, en la que agazapadas en la enfermedad, que les impidió las labores propias de su sexo, podemos registrar a mujeres escritoras, excepciones en un apartado, como todos los culturales, básicamente poblado por personajes masculinos. En el caso concreto de Browning y Woolf, coincidieron gracias a este cocker spaniel, Flush, de pelo dorado, que por exigencias pasionales aparecía en la cubierta de la primera edición de la obra con pelo negro, puesto que el modelo fotográfico fue Henry, el cocker macho de Vita Sackville-West, padre de Pinker. En cualquier caso y como muy bien recuerda una prologuista reciente, Trekkie Parsons, Flush ocupa un lugar de excepción en el panteón de canes ilustres de convivencia literaria, como el Keeper de Emily Bronte, que gruñía con acento del condado de York; el Nero, de Carlyle; o el Bosun, de Byron; o la propia Pinker del matrimonio Woolf. En principio, gracias al poema de su dueña, "To Flush, my dog", sin el que Virginia Woolf no habría decidido aunar intuición, sentido del humor y ternura. Virginia Woolf, al morir su Pinker, en 1935, anotó en el diario: "Hay algo de nuestra vida privada que ha muerto con ella". Sin embargo, Flush vivirá ya para siempre, tal vez porque su dueña creyera en una de las acepciones del nombre: "flush", según el diccionario Oxford, "serie de naipes correlativos", decisivos para ganar en algunos juegos de baraja.